

Pensar que todo inicia con un ¿por qué?

Omar Andrés Potosí Coral¹
Alberto Vianney Trujillo Rodríguez²

Fecha de recepción: 20 de agosto de 2020

Fecha de aceptación: 20 de septiembre de 2020

Como citar este artículo: Potosí, O. A. y Trujillo, A. V. (2020). Pensar que todo inicia con un ¿por qué?. *Revista Fedumar Pedagogía y Educación*, 7(1), 50-72. DOI: <https://doi.org/10.31948/10.31948/rev.fedumar7-1.art6>

Y hubo un niño que me preguntó que quién era un filósofo, a lo que respondí, que era el que enseñaba, instruía, y aquel que desde su experiencia hacía ver el mundo de una manera diferente...

*Al siguiente encuentro, ese mismo niño se me acercó y me presentó una figura en plastilina que apenas tenía forma humana, me dijo que representaba a su abuelo, ¡que para él era su filósofo!*³

Resumen

La filosofía para niños es un tema muy interesante y pertinente para estos tiempos; surge de la inquietud, de la curiosidad, del asombro y del buscar respuestas a los interrogantes que resultan ante lo novedoso y desconocido. El texto es producto de la práctica docente realizada en el acompañamiento escolar con niños pertenecientes a población vulnerable, y pretente exponer la experiencia de este caminar, los

¹ Licenciado en Filosofía y Educación Religiosa, coordinador académico de la I.E. Nuestra Señora de la Lajas. Magíster en Filosofía, docente Departamento de Humanidades, Universidad Mariana.

² Magíster en Filosofía, docente Departamento de Humanidades, Universidad Mariana.

³ Esta referencia corresponde a los aportes de los niños con quienes se hizo la práctica de filosofía en el grado cuarto de primaria del Programa de Ampliación de Cobertura Educativa 'Madre Ca-ridad' de la Institución Educativa Nuestra Señora de las Lajas.

hallazgos que surgieron y el impacto que causa en la vida de quienes se encontraron con el arte del pensar bien. La filosofía para niños y con los niños es una gran oportunidad para enseñar, pero, sobre todo, para aprender.

Palabras clave: filosofía para niños, diálogo, educación, reflexión filosófica, pensar bien, hacer bien.

Introducción

El presente texto es un escrito reflexivo, fruto de la práctica pedagógica investigativa sobre el impacto formativo que produce la filosofía para niños, en el cual se ahondará sobre la importancia de la pregunta del por qué como punto de partida para la reflexión filosófica en los infantes; seguidamente, se expondrá la importancia de la correlación que existe en el caminar filosófico, no como imposición de una asignatura más, sino como un proceso que se hace, se crea y se forma; se reflexionará también sobre, a qué llaman los niños pensar bien y las implicaciones que ese pensar tiene para su vida, desde la experiencia, el sentir y el transformar su realidad para, finalmente, concluir con la huella que deja la filosofía en el desarrollo personal y familiar de los niños, cuando ésta se asume y se incorpora a la experiencia vital y en un hacer bien.

Contexto

El acercamiento y el conocimiento del contexto a la hora de hacer filosofía con los niños se convierte en parte importante a la hora de reflexionar y tratar de dar una coherencia y sentido a cada encuentro con ellos. Profundizar en las necesidades, expectativas, realidades y comportamientos de quienes comparten este caminar reflexivo y formativo, favorece el proceso de enseñanza y aterriza un contenido pensado a un entorno real.

La Institución Educativa Nuestra Señora de las Lajas está regentada por la Comunidad de Religiosas Franciscanas de María Inmaculada; es una institución mixta de carácter privado. En lo que respecta a la jornada de la tarde, en donde tuvo lugar el proceso de investigación, la Institución abrió sus puertas hace cuatro años a un programa de

ampliación de cobertura educativa, dándole el nombre de ‘Madre Caridad’, donde atiende a una población vulnerable que, en su mayoría, proviene de familias pobres, con conflictos internos que requieren atención especial por parte de las entidades competentes para cada caso en particular y que no son aisladas en el proceso escolar.

En su filosofía institucional (PEI, 2019), la Institución contempla la formación de personas con conciencia, capaces de ser protagonistas en su entorno social con base en valores humano-cristianos y con criterios claros para enfrentar su realidad; brinda herramientas que dan al estudiante franciscano autonomía en su formación, responsabilidad en sus decisiones y claridad en sus metas.

La población con quien se realizó el trabajo de investigación en filosofía comprende cerca de 70 niños, la mayoría de ellos en situación de vulnerabilidad, repartidos en los grados tercero, cuarto y quinto del programa de ampliación de cobertura educativa en la jornada de la tarde, con estudiantes extra edad para el grado que cursan. Son niños y niñas con realidades diversas que comparten a diario la ilusión por ser mejores cada día; son estudiantes que desde su compleja experiencia están deseosos por aprender. En su contexto afrontan realidades difíciles de manejar, especialmente vivenciadas en el entorno social y familiar, que expresan en la indisciplina constante dentro del aula y en la forma primaria para la resolución de conflictos, con falta de normas establecidas desde casa. Académicamente, algunos de ellos tienen dificultades en la atención y retentiva de lo expuesto en una clase, con procesos regulares y con temor a ser juzgados ante la no comprensión de alguna temática abordada en el aula.

Se distingue pequeños grupos que lideran e influyen negativamente al resto de sus compañeros, especialmente con el mal comportamiento y con algunas actitudes que interrumpen el normal desarrollo del ambiente escolar al interno del salón. Ante temas interesantes se muestran curiosos y cuestionan con facilidad los aspectos que influyen y tienen que ver con su situación de vida; niños y niñas con inquietudes y capacidades diversas, que afrontan sus dificultades y que transmiten su realidad de distintas formas, que buscan ayuda y apoyo, de manera especial de tipo emocional y afectivo, niños que están propensos a los diferentes fenómenos sociales que pueden alterar su desarrollo y su

proceso formativo. El docente, frente a ellos, debe mostrarse paciente, creativo y receptivo para que se mantenga la motivación ante las actividades programadas.

El asombro, punto de partida

Resulta relevante reflexionar sobre la importancia que tiene la filosofía en el desarrollo escolar, personal y comunitario de los niños, no meramente como una asignatura más dentro de la organización curricular, sino como “una sabiduría práctica, un momento reflexivo, un espacio que permite interrogarse sobre la identidad, los valores, los actos, el sentido de la vida” (Parrenoud, 2012, p. 121) y, sobre todo, como un encuentro con la curiosidad y el asombro, que como bien lo decía Platón, es el origen del pensamiento filosófico. En *Teeteto*, considera que, de la experiencia del filósofo, lo más característico de él es la admiración y el asombro, entendido como una afección natural de aquel que dedica su vida a la búsqueda de la sabiduría; posteriormente, explicita que el asombro es el origen de la filosofía, que encamina al que ama el saber. “Querido amigo, parece que Teodoro no se ha equivocado al juzgar tu condición natural, pues experimentar eso que llamamos la admiración es muy característico del filósofo. Este y no otro es el origen de la filosofía” (Platón, *Teeteto*, 155 d1). En este sentido, es pertinente resaltar que, si hay algo propio de los niños, es la curiosidad, la admiración y el asombro, que se hacen manifiestos por medio de la pregunta en su afán de comprender el mundo y la realidad circundante.

Frente al tema que concierne, existen muchos trabajos adelantados en el contexto occidental; así, por ejemplo, al psicólogo e investigador Berlyne (1978) se le considera el padre de la curiosidad, al concebir que en el niño existe una energía, un estado motivacional persistente que lleva al comportamiento exploratorio y que esta realidad connatural está presente en todos los niños, pero que en algunos se presenta con mayor intensidad. En la misma línea se encuentran los planteamientos de Maslow (1970), Berlyne y Day (1971) y Klausmeier (1973).

En este contexto se podría ubicar al pensador estadounidense Limpman (1971), quien se formula la pregunta ¿Por qué no atender a esa curiosidad innata de los niños y niñas y a ese preguntar constante acerca de todo lo que les rodea? Efectivamente, a decir

de este autor, no hay que pasar por alto esta cuestión porque ella ayudaría a la construcción de aprendizajes significativos a partir de los conocimientos e inquietudes previas de los infantes, de lo que ellos conocen y piensan de distintos o algunos aspectos de la realidad, de su manera genuina de ver el mundo, de sus intereses y necesidades. Y si, por distintas circunstancias esa chispa de la curiosidad se encontrara opaca y borrosa en los niños, sería necesaria la intervención metódica y pedagógica del maestro para que, de una manera llamativa, el niño pueda encaminarse a ver el mundo con los ojos de la crítica y la pregunta.

Según Lipman (1994):

Una meta de la educación es liberar a los estudiantes de hábitos mentales que no son críticos, que no cuestionan nada, para que así, puedan desarrollar mejor la habilidad de pensar por sí mismos, descubrir su propia orientación ante el mundo y, cuando estén listos para ello, desarrollar su propio conjunto de creencias acerca del mundo. No podemos esperar que los niños se respeten a sí mismos como personas a menos que hayan aprendido a utilizar de manera óptima los poderes creativos e intelectuales con los que están equipados. Todo niño debería ser alentado a desarrollar y articular su propio modo de ver las cosas. (p. 171).

Pero no se trata de analizar las distintas teorías que apoyan el estudio de la curiosidad o la filosofía para niños, sino mas bien, se quiere hablar de la experiencia obtenida en el transcurso de un proceso de práctica e investigación con quienes desde su necesidad y avidez de conocer y entender el mundo y lo que les rodea, se interrogan constantemente sobre las razones de la realidad que viven, niños que han captado el mundo con el sacrificio y la experiencia que a su temprana edad les ha impulsado a subsistir y que desde las condiciones sociales en que viven quieren lograr para sí y para los suyos un mejor futuro, teniendo como herramientas para lograrlo, el estudio y sus ganas de superarse; un puñado de niños que por su situación social entran a formar parte de una población llamada vulnerable pero que en sí, tienen una riqueza inmensurable y de quienes constantemente se aprende.

A decir de Lipman, Sharp y Oscayan (1992), podemos esperar que 'Filosofía para Niños' "florezca en un aula heterogénea, donde los

estudiantes hablen de una variedad de experiencias y estilos de vida, donde se expliciten diferentes creencias y donde se considere valiosos, en vez de censurables, una pluralidad de estilos de pensamiento” (p. 115).

Cabe resaltar que no se realizó con ellos un estudio formal de la filosofía, pero sí se despejó muchas dudas y se ahondó en algunos conceptos. Fue en la vivencia filosófica que ellos mismos propiciaron, que se descubrió la importancia de ‘aprender a pensar bien’, como se le llamó desde el momento oportuno del encuentro con las ‘clases’, a este interesante caminar.

¿Por qué?

En la reflexión filosófica es tan importante el valor de la pregunta, como importante es el valor y calidad de la respuesta. Los niños usan el mecanismo de interrogarlo todo para poder descubrir su entorno. Desde temprana edad se percibe en ellos ese deseo incansable de saberlo todo, descubrirlo todo, tocarlo todo; en efecto, la curiosidad, el placer del descubrimiento, son espontáneos desde el comienzo de la vida, pasando por varios elementos, desde la exploración del propio cuerpo hasta los objetos del mundo que los rodea, desde las relaciones interpersonales hasta conceptos más abstractos y más complejos en la existencia humana. La pregunta es su herramienta inicial para poder encontrar las razones del por qué de esto o aquello, de lo que más les roba su atención; es el indicio de una curiosidad que no se satisface hasta conseguir su cometido y cuando lo logra, resulta más emocionante aún el asombro con que reciben y descubren por ellos mismos las respuestas a sus insistentes dudas. Y esta posibilidad de preguntarse rebasa la mera curiosidad, en tanto que ésta aproxima al ejercicio del filosofar, entendido como un camino, no como una morada, porque como afirma Jaspers (2003), “las preguntas son más esenciales que las respuestas, y toda respuesta se convierte en una nueva pregunta” (p. 11).

En todo este ejercicio hay un interesante proceso filosófico que, en ocasiones, necesita de la guía de un adulto, punto que tocaremos más adelante, pero que nace de la iniciativa creadora, de la curiosidad, ingenio y motivación del mismo niño.

Jaspers (1978) afirma que “una maravillosa señal de que el hombre filosofa en cuanto tal, originalmente son las preguntas de los niños” (pp. 8-9), y es que, en la pregunta del por qué, no solo se busca una respuesta pre diseñada o fabricada que limite y sea cortante, sino que debe llevar un valor mucho más especial, un valor que mantenga la ilusión, la motivación y se vuelva un motivo de seguir indagando; es más, se debe dejar espacio incluso para la duda de tal manera que sean los mismos autores de las preguntas quienes busquen, analicen y concluyan con las respuestas. Lo importante del encuentro en el aula, y ese constituye un objetivo, es favorecer la actitud crítica y creativa de los niños, desde la comprensión que el docente no va a impartir una clase magistral de filosofía, sino que va a constituirse en un orientador o dinamizador que busca que todos participen con sus experiencias y sus opiniones, porque “el pensamiento crítico es el pensamiento autocorrectivo que es sensible al contexto, y que se basa en criterios para la emisión de juicios” (Lipman, 1994, p. 153).

Durante el ejercicio investigativo y el acompañamiento realizado desde la filosofía para niños pertenecientes a un programa de cobertura educativo, se realizó un proceso que prácticamente inició de cero; desconocían el significado de la palabra filosofía, la relacionaban con Dios, con la biblia, con más lectura, con una materia que la Institución había impuesto en su currículo, etc., mas nunca se llegó a imaginar que desde ese preciso momento serían los niños los autores de la ‘materia de filosofía’, y después de dar algunas pinceladas frente a lo que se iba a tratar en este caminar, fueron ellos quienes cuestionaron, quienes se afanaron por tener para cada encuentro un tema para discutir, que iba desde los dibujos animados que miraban por televisión hasta los avances tecnológicos que el hombre ha creado para beneficio o perjuicio del mundo; del por qué existen personas buenas y malas, por qué el sufrimiento, por qué hay que vivir y por qué la muerte es parte de la existencia; preguntas que en ocasiones no se alcanzaba a responder y hasta impresionaban su alcance, pero que poco a poco iban despertando en ellos el deseo de mirar el mundo con ojos distintos y, lo mejor de todo, preguntas que no solo se discutía en clase, sino que las llevaban a sus casas para poder tener diálogo con sus padres, que muchas

veces fatigados por su trabajo, discutían en familia y provocaban con el encuentro, una oportunidad para acercarlos un poquito más en el seno del hogar.

Se puede resaltar que el valor de la pregunta es muy importante y brinda un paso inicial para la reflexión filosófica en los niños e incluso en los grandes filósofos de la historia. ¿Acaso en el transcurso de la historia no han existido hombres y mujeres que se han preguntado sobre el valor de la verdad y el absoluto, sobre la trascendencia humana, sobre el sentido de la existencia o sobre la divinidad misma?, y ¿no han sido estos temas, de densa importancia en el devenir del pensamiento? Entonces, en la filosofía para niños, desde la pregunta más simple hasta la más compleja, son importantes y es de valorar que se hace filosofía con los niños, desde ellos y para ellos, y que no es la respuesta impuesta la que buscan, sino aquella que brinde apertura a su imaginación, creación y los deje con el deseo de profundizar más sobre lo que quieren descubrir.

Se hace filosofía, no se impone

Sócrates (IV aC), filósofo clásico griego, acostumbraba tener con sus discípulos, diálogos interesantes sobre diversos temas que, con preguntas y respuestas, originaba grandes conversatorios que no solo despejaban dudas, sino que hacían más vasto su propio conocimiento y el de quienes lo rodeaban; así surgió la mayéutica, como método filosófico para encontrar la verdad,

Un diálogo en el que Sócrates no exponía de entrada sus propias concepciones, sino que de una forma paciente y dialéctica conseguía que el otro, que sí comenzaba sosteniendo con firmeza y vehemencia ciertas tesis, acabase reconociendo que todo aquello que tenía por más cierto y seguro era, en realidad, una opinión infundada o por lo menos endeble. (Polo, 2018, p. 164).

En el caminar filosófico con los niños es importante no imponer conocimientos; no es un proceso donde se enseñe teorías, donde se aplique una metodología cerrada que solo brinde espacios para la aceptación de los contenidos y no para la reflexión y la participación activa del pensamiento; al contrario, es un proceso que está cargado de sorpresas y que pide apertura de quien hace las veces de compañía

y guía; es un aprendizaje correlacionado que involucra unas bases propias importantes para tener en cuenta, pero que también prepara una pista amplia para dejar que los niños la recorran y tomen impulso para iniciar el vuelo; se trata de un proceso exigente que tiene reglas pero también cuenta con la actuación protagónica de quienes son los invitados a pensar, descubrir y concluir desde su visión y manera de pensar aquello que inician a explorar en el campo filosófico.

Es muy común escuchar en el medio escolar, especialmente en la etapa de escuela y colegio, apreciaciones un poco negativas sobre lo aprendido en filosofía; para muchos es un espacio aburridor, monótono, de lectura continua y extensa, de conocimiento repetitivo de historia de unos personajes que hicieron lo suyo en el pasado y que ahora no dicen mucho. Resulta complejo entender que la filosofía va más allá de un contenido que se presenta de manera magistral y con afán de cumplimiento. Esta experiencia no se debe dar en la filosofía para niños; no resulta con ellos tratar conocimientos ya fabricados e imponerlos a la manera de una clase más; la filosofía con los niños se hace y, es más, se aprende. Quizá esta realidad de un aula monótona fue el punto de partida para hacer filosofía con los niños, porque en el esquema tradicional se enseña o se aprende algunos conocimientos de diversas áreas, pero carecen de conectividad o capacidad de relacionarlos con la vida cotidiana contextualizada. Y, precisamente la filosofía, es la disciplina que tiene esa plasticidad, en tanto que es un saber que no prioriza la enseñanza de una serie de contenidos, sino que se busca originariamente desarrollar habilidades cognitivas. “La filosofía es por excelencia la disciplina que plantea las preguntas genéricas que pueden servirnos de introducción a otras disciplinas y prepararnos para pensar en las demás disciplinas” (Lipman, 1994, p. 143).

En el amplio contenido que la filosofía tiene, es esencial la relación que se entabla con el medio en el que vivimos; las relaciones personales, la interacción y el cuidado con el medio que nos rodea, los valores y virtudes tan necesarios en la sociedad, la identidad personal y el aprender a vivir bien en todos los contextos, son lecciones de vida que se tiene que pensar, reflexionar, discernir y comprender, y esta lección no se hace con una clase; se hace con una experiencia vivida y

realizada paso a paso en un diálogo mutuo que rompe paradigmas y que lleva a descubrir nuevas formas de concebir la realidad, la vida y hasta la familia.

La filosofía, en cuanto paradigma de un pensamiento dialógico, desarrolla en las personas la flexibilidad intelectual, la autocorrección y el crecimiento personal. Es así que el diálogo posee una dimensión ética implícita: el respeto a la dignidad del otro como persona. Hablar y escuchar, elementos propios de un diálogo, implican reciprocidad, tolerancia y respeto, además de la comprensión del sentido de lo dialogado y la construcción del significado que está en juego. Los seres humanos modelamos el mundo, lo pronunciamos y lo transformamos a través de la palabra compartida. Esto implica ver a los demás como interlocutores válidos; debemos creer en ellos y al mismo tiempo, ser críticos. (Lora, 2004, p. 4).

En el espacio del compartir con los niños desde la asignatura de filosofía, se propició muchos encuentros en los cuales ellos dejaban entrever su realidad por medio del diálogo fluido y sin reserva. Algo común que se podía distinguir, tal vez desde el contexto en el que viven, era un pensamiento limitado para alcanzar sus metas; un “no puedo” constante que frenaba su impulso por hacer las cosas bien y salir adelante, pero también un anhelo inmenso que emocionaba a quienes los escuchara, de cambiar su realidad. Todo eso los niños lo dieron a conocer en las palabras que de manera llamativa construían, para un coloquio cargado de emociones y aprendizaje que, llevadas al papel, eran escritos inspirados en su historia y que con dibujos repisados con viejos lápices y con desgastados colores adornaban su realidad.

En las salidas al patio, cuando se quedaban observando las afueras del colegio y al mirar pasar a un vendedor ambulante, al ver al obrero en la construcción o al funcionario que ayuda a mantener las calles limpias, se identificaban con ellos, ya que muchas de esas personas eran sus papás, hermanos y, en la gran mayoría, eran ellos mismos los que, llegado el fin de semana, salen al mercado a ayudar a vender, a cargar y a ayudar a su familia para que el afán sea más llevadero. En esa realidad, en la realidad de los niños y con los elementos que brindan, que no son más que su propia experiencia y la forma de mirar el mundo, es que se reflexiona y se aprende a filosofar; no se necesita de un texto diseñado para tal efecto, sino que se tiene en cada puesto

del salón un libro abierto cuyo contenido es la misma vida y que, con el diálogo y todo lo dispuesto para el encuentro semanal se hace, se crea y se forma la filosofía.

Pensar Bien

El preámbulo del discurso de la UNESCO del 16 de noviembre de 1945 afirma: “puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz” (p. 1); esa paz debe basarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad. ¡Cuán importante es para el ser humano tener claridad de pensamiento! En el desarrollo del proceso filosófico con niños es interesante analizar su estructura mental y la capacidad de relación que tiene lo aprendido con la puesta en práctica. Más allá de los procesos del pensamiento que se puede llegar a desarrollar, de los contenidos que se puede impartir y de las instrucciones que se dé para tener un buen desarrollo curricular de la materia, es virilumbrar la facilidad con la que se hace coherente la forma de pensar y el actuar, la filosofía y la vida, capacidad que los niños la aplican de manera correcta. En este orden de ideas, es necesario aseverar que un objetivo de la filosofía para niños es familiarizarlos con los componentes éticos de la experiencia humana, especial con la ética, con la pretensión de ayudarles a encontrar razones más sólidas para sostener aquello que ellos consideran que es su pensamiento o su creencia correcta de la vida. Lipman (1994) sostiene que:

Si queremos ciudadanos adultos que sean racionales respecto a los valores, deberíamos introducir a los niños en la investigación en valores, de tal manera que puedan descubrir por sí mismos que aquello que posee un valor genuino no es el objeto de un deseo cualquiera, en todo caso trivial e inmaduro, sino que más bien es aquello cuya pretensión de ser algo de valor está apoyada por la reflexión y la investigación. (p. 336).

Si en un niño se refuerza constantemente un pensamiento positivo con bases que lo motiven constantemente a ser bueno, su humanidad y su actuar con los otros va a ser correspondiente a ese tipo de pensamiento y a ese tipo de refuerzo; es por lógica humana, acentuar en aquello que se dice sobre que lo que se siembra se recoge, pero en la reflexión filosófica en esa etapa inicial, se podría decir que lo que se piensa se hace y si se piensa bien, por ende, se hace bien.

Muchas veces el docente se ha cuestionado como adulto en el por qué los niños, a pesar de los problemas, disgustos, necesidades y complicaciones que, desde nuestro pensar, perturban la tranquilidad humana, son capaces de asumir estas realidades de manera distinta: las viven a su modo, las asumen, las asimilan y aprenden; ¿qué mejor lección de filosofía queremos?, es comprender que la filosofía, con sus bases teóricas, con su densa historia y con todo el aprendizaje que ofrece, desde la perspectiva de los niños, se hace acción, se hace vida, se hace buen vivir, se hace identidad y se hace relación estrecha con las raíces mismas que forman parte de su ser.

Haciendo alusión a lo anterior, Piug (2019) manifiesta que “la filosofía, más allá del aspecto teórico, es también una actitud, una forma de posicionarse en el mundo” (p. 9), y Wittgenstein (1922) dirá que “la filosofía no es una teoría, sino una actividad” (p. 41), ideas que han sido bien captadas por los niños, quienes en su sencillez y, a la vez, lucidez mental, hacen de cada idea, ejercicio o encuentro con la filosofía, una oportunidad más para mejorar en su comportamiento; hacen de la filosofía un campo práctico, un campo para el ejercicio mental que, llevado a su vida, deja innumerables lecciones por aprender.

En el momento en que los niños iniciaron a comprender de lo que hablaríamos en torno a la filosofía, fueron despejando dudas: no era solo leer, a Dios lo tocábamos cuando era necesario, no tenía que ver con estudio bíblico ni exegético y, lo mejor de todo, no era una materia más. Fueron asimilando ejercicios de observación, relación, fueron soltando más el habla que, tal vez por timidez o por miedo a la burla, no se atrevían a manifestar a viva voz sus posiciones frente a lo que íbamos avanzando; fueron despertando hasta el punto tal que, en casi la mayoría de encuentros, cuando preguntábamos una vez más para qué nos sirve la filosofía, ellos a una sola voz, decían que sirve para pensar bien; ¡pensar bien antes de hablar, profe!, ¡Pensar bien antes de hacer las cosas!, ¡Pensar bien antes de responderle feo a mamá o a papá!, ¡Pensar bien para ser alguien en la vida! Y así eran sus respuestas; relacionaban la filosofía de manera directa con el arte de pensar bien; inclusive, pensar distinto porque, hasta incluso el “no puedo” ya se iba convirtiendo en un “sí, lo haré”.

La impronta filosófica

Toda enseñanza pretende dejar en quien la recibe, un aprendizaje que sea significativo, que le ayude y le aporte a su vida, no solo como conocimiento, sino también como herramienta que favorezca al buen desempeño de un rol en la sociedad: lo que se aprende, se practica y se tiene en cuenta para cuando las circunstancias lo requieran. Cada pensador que estaba en búsqueda de la verdad y de la respuesta a sus interrogantes, encontró en la filosofía unas formas de pensamiento y unas actitudes concretas que marcaron su forma de concebir la existencia y su praxis vital. Tozzi (2012, citado por Gómez, 2015) al respecto, afirma lo siguiente:

Para Sócrates, la actitud existencial filosófica por excelencia, es el coraje frente a la muerte; para un estoico, la capacidad para cambiar cualquier representación perturbadora de las cosas; para un epicúreo, la preocupación de disfrutar, pero únicamente los deseos naturales; para Spinoza, el crecimiento con disfrute de su potencia de ser; para Kant, el actuar éticamente y solamente por deber; para Marx, la transformación colectiva del mundo, etc. (p. 38).

Resulta interesante analizar cómo la filosofía cumple un determinado propósito con quien está dispuesto a ahondar en su ciencia, a recorrer su camino y a estudiarla con detenimiento, propósito que va más allá del conocimiento adquirido y que se hace consigna en el actuar y en el compartir con el otro. La experiencia filosófica debe brindar al ser humano conciencia de ser pensante, actitud y comportamiento humanos y compromiso comunitario, el cual se enriquece con las bases recibidas desde el aula y se alimenta en el itinerario de la vida, originando cambios importantes en la sociedad, en la conducta y en los espacios donde el ser humano se desenvuelve; de ahí la importancia de implementar en el proceso escolar, iniciando desde los más pequeños, el encuentro con la reflexión filosófica. Al respecto Zuleta (2010) sugiere que:

Si en un programa educativo se le diera un amplio margen a la filosofía así entendida, así como a las posibilidades y deseos de quienes la reciben, se dificultaría seguramente crear buenos funcionarios; pero, probablemente, se construiría la posibilidad de formar gentes que luchen por un tipo de sociedad en la que valga la pena vivir y valga la pena estudiar. (p. 16).

La filosofía con los niños también cumple un propósito, no únicamente como asignatura que hay que evaluar frente a la asimilación de contenidos, sino como experiencia que se incorpora en el estilo de pensar y vivir de quienes han iniciado sus primeros pasos filosóficos y en los cuales está viva la curiosidad, la capacidad de asombro, la creatividad y, sobre todo que, con su imaginación, construyen propuestas tan importantes como las de quienes en la historia han dejado sus legados.

El programa de Filosofía para Niños quiere alcanzar varios objetivos, entre los cuales es preciso resaltar dos: “el crecimiento personal e interpersonal, y la formación de valores democráticos para la convivencia ciudadana” (Hoyos, 2010, p. 162); con ello, se considera que la filosofía es un espacio de vivencia educativa, que conlleva crear un entorno formativo y dinámico en donde el pensamiento del niño tiene especial importancia y desde donde se proyecta hacia sus raíces, sus roles, sus relaciones interpersonales.

En la medida en que íbamos avanzando en la filosofía con los niños, se tuvo la oportunidad de acompañar; nos encontrábamos con ritmos de aprendizaje distintos; a muchos se les dificultó al inicio, pero después se dejaron inquietar por la curiosidad y plasmaban en sus trabajos la creatividad necesaria en la que se notaba su inspiración y recursividad, pero, todo no quedaba allí; resultó satisfactorio que en su comunicar y en su actuar eran más acertivos, especialmente cuando tenían que resolver algún problema que, como es común entre niños y en el ambiente del salón, se presentaba y generalmente interrumpía el desarrollo normal del aula. Ellos tenían como mecanismo de defensa, la violencia en sus gestos, miradas y palabras y así era como resolvían todo. Acompañados por el miedo, dejaban entrever la timidez de enfrentarse de manera distinta a los retos que se les sugería asumir, no solamente en el ambiente académico sino en el ritmo del compartir diario, y fue en esos aspectos donde se pudo apreciar los importantes cambios que con los diálogos y exhortaciones que hacíamos desde la filosofía y con lo que ellos asimilaban del pensar bien, se convirtieron en los grandes avances: ya no discutían como antes, preferían conversar un rato para solucionar sus inconvenientes; ya no eran tan primarios para hablar y actuar, sino que se detenían por unos instantes para poder engranar en su pensamiento las palabras que dirían y las

acciones a realizar; preguntaban con frecuencia, sin temor a la burla de los demás compañeros y se atrevieron a llevar lo que estudiábamos hasta sus casas, donde compartían con sus papás, quienes muchas veces preocupados, llegaban hasta el colegio para que también se les explique un poco sobre lo que miraban en la materia de filosofía y así ellos, desde sus hogares, tener idea de cómo abordar los temas que sus hijos proponían para la conversación.

Esos fueron los alcances de la filosofía; así impactó esta reflexión en el conocimiento y la realidad de estos niños, quienes, en un inicio temerosos pero que después despiertos y creativos, fueron asumiendo los encuentros cada vez con más gusto, con más espíritu crítico y con mejor actitud. Les ayudó a mirar su realidad con mejores ojos, a ir quitando de su mentalidad las limitaciones que los llevaban a decir que no podían hacer las cosas bien, a no resolverlo todo con violencia, a compartir sus miedos y sus alcances sin temor a ser juzgados, a asumir su realidad como reto y a la vez como impulso para ser mejores, a pensar bien y a hacer bien.

Fichas para filosofar

Julien (2014) plantea una manera particular de hacer filosofía con los niños a partir de fichas relacionadas con cuestionamientos que pueden nacer espontáneamente en ellos frente a una imagen, dado que son muy sensibles a los ejemplos concretos. La función del docente es ayudarles a hacer uso de su lenguaje de aquello que ven y sienten. Es una imagen para interpretar, dialogar y emitir juicios y relaciones con otras realidades, aprovechando el potencial propio de la imaginación infantil y la posibilidad de preguntarse. Afirma que:

Los niños se proyectan en el contexto imaginando que están en el lugar del o de los personajes del cuadro o de la foto. La pregunta es, para ellos, una forma de tranquilizarse frente a lo desconocido, pero también es una manera de proponer una respuesta generalmente original, cuya singularidad debe ser tomada en cuenta por el adulto. La relación entre el niño y el adulto tiene que ser de doble vía: el adulto aporta la racionalidad y el niño, su insaciable capacidad para maravillarse. (p. 51).



Figura 1. Ojos de un niño. (Ricardo Hinstz, óleo sobre tela).
Fuente: <https://www.virtualgallery.com>

Observando nuestra realidad. ¿Qué miran mis ojos?

Observar nuestra realidad exige un tacto inmensamente delicado para poder ver en detalle aquellas cosas que nos pueden aportar para adaptarlas a nuestro ritmo de vida y aquellas que se tenga que omitir, ya que afectan de manera negativa nuestra mentalidad y, por ende, nuestra forma de ser y actuar. Exige trabajarla con delicadeza y perseverancia para adaptarnos de la mejor forma al vaivén de la realidad en la que nos movemos y existimos; gran parte de este trabajo lo podemos realizar con un cambio de mentalidad; pasar del pesimismo al optimismo, de lo que aqueja la humanidad a lo que es oportunidad para ser mejores, de nuestro estado de necesidad a la oblación gratuita de contribuir en la convivencia de un espacio mejor.

La mirada del niño a la realidad descubre elementos importantes para tener en cuenta al momento de filosofar: sus circunstancias, sus

expectativas, sus inquietudes, lo que es atractivo y lo que se quisiera evitar, junto con el deseo inmenso por transformarla, hacen parte de su visión del mundo y de su experiencia en particular.

La mirada que encierra un sinnúmero de emociones y, más aún, cuando se carece de lo necesario, mirada de temor para enfrentarse a los retos y a ser juzgados por no tener las mismas oportunidades de los demás, mirada de esperanza por conseguir lo que se sueña para sí mismos y para quienes hacen camino en el sacrificio, mirada de niño que, entre risas y preocupaciones, piensa en su mañana, analiza su vida y se encarna en el deseoso propósito de ser adulto de bien.

¿Cómo es nuestra realidad?

*Ésta es la realidad en la que nos
tocó vivir; hay que verla con
buenos ojos.*

Por no tener las mismas condiciones y oportunidades económicas y sociales, por no contar con los mismos recursos que los demás, por vivir en sectores aislados del centro de la ciudad, por tener más necesidades que opulencia, por todo ello y por mucho más, hay personas que entran a formar parte de un grupo al que se denomina vulnerable.

En la clasificación social serían los pobres, obreros y campesinos, gente trabajadora que ha contado con pocas oportunidades de formación, pero que, a pesar de las dificultades, llevan en su ser la esperanza de un futuro mejor para sus hijos, una realidad distinta a la que se han acostumbrado, pero que trabajan con tesón para cambiarla; una realidad que enseña, que exige tener experiencia para poder interactuar con ella, una realidad que forma, desde pequeños, que pide no desviarse y hacerle frente por el camino correcto.



Figura 2. Estudiantes grado 5°. Ejercicio de creatividad.

¿Construir mi realidad?

La realidad se construye, se forma, se moldea; la realidad se asume con sus retos y exigencias, se mira con ojos distintos cuando trata de poner el contrapié y se cambia con actitudes nuevas, con mentalidad diferente. La realidad no se evade; no aplasta a quien tiene criterios propios y ganas de salir adelante, la realidad se estudia, se analiza y se saca de ella lo mejor. En los momentos complejos hay que sonreírle y en los éxitos hay que disfrutar para tomar con más impulso la vivencia

misma que nos impulsa a ser mejores personas, a ser mejores miembros de una sociedad que necesita más que nunca humanidad, que necesita solidaridad y comprensión, una realidad que necesita ser mejor.

Hay que construir para derrumbar; construir igualdad para derrumbar las diferencias; construir hermandad para derrumbar conflictos; construir con amor para derrumbar odios y discriminaciones; construir familia para fortalecer la unidad y para que cada vez haya más calor de hogar en quienes se sienten solos; construir sonrisas de niños para derrumbar adultos amargados.

La filosofía sirve para pensar bien

Aunque por un lado está presente la realidad compleja y difícil, por el otro está el fuerte anhelo de cambiar, el propósito firme de hacer las cosas bien y cada vez mejor, la mentalidad de salir adelante con el estudio y las capacidades dirigidas a conseguir las metas que desde pequeños nos formamos.

La filosofía sirve para pensar bien, fue una consigna de los niños, quienes con su experiencia y a tan corta edad, eran conocedores de los afanes de sus hogares, de lo que tenían que hacer para colaborar en los trabajos de sus padres y de lo que querían alcanzar para ser felices. Ese pensar bien que les ayudó a solucionar sus conflictos hablando, a actuar de manera más asertiva, a obedecer y entablar diálogos amenos en sus casas, a mirar que son capaces y que las limitaciones pueden ser superadas, un pensar bien para cambiar lo que vivimos, para cambiar nuestros temores por motivos impulsores, para lograr con esfuerzo, estudio y dedicación lo que nos proponíamos.

¿No puedo?

La realidad marcada hace que la mentalidad se cierre a lo que tiene que palpar, y cuando en la realidad hay un constante 'no puedo', la personalidad teme, huye y se limita únicamente a explorar lo conocido. Ese *no puedo* es el que se tiene que trabajar en la humanidad de quienes, desde la infancia, son temerosos de tomar riesgos y de enfrentarse a los retos. No está bien que un niño diga 'no puedo', porque así se lo ha enseñado su realidad o porque lo ha escuchado innumerables veces de los labios de los adultos; eso frena y repercute en quienes tienen anhelos de ser diferentes y en quienes se nota esos deseos de decir ¡lo hice, lo logré y sí puedo!

Con la ayuda de la imaginación y de la creatividad, los niños se iban dando cuenta que las limitaciones estaban en sus cabezas y que eran capaces de hacer grandes cosas y de pensar en grande con los pocos recursos que contaban; cayeron en cuenta que sí podían, que lo hacían bien y que creaban desde su imaginación, realidades distintas que querían hacer realidad y que un 'no puedo' no iba a impedir que sus sueños fueran grandes y que un día los podrían cumplir.



Figura 3. Actividad de creación, imaginación y descripción. Edwin Mipaz. Grado 4^o.

En tiempos de crisis

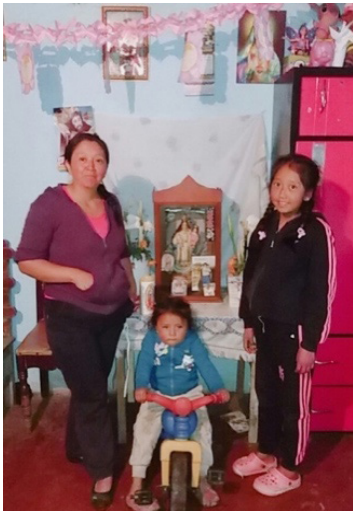


Figura 4. La familia, raíces de los niños.

Cuando las puertas del colegio han tenido que ser cerradas, cuando en los pasillos de la Institución no retumba la bulla de los chicos y sus pasos, cuando en las aulas únicamente reposan las mesas y las sillas y cuando el plantel educativo se reduce a una estructura, es cuando toman vida las raíces de los niños, cuando la realidad de sus orígenes es la encargada de cuidarlos y brindarles, entre trabajos y necesidades, el cariño necesario con el cual les comunican que de esta situación vamos a salir bien.

Son fortalecidas las relaciones familiares en las tareas diarias que por medio de

una pantalla reciben, con el acompañamiento cercano de papás y mamás que mucho o poco entenderán de las temáticas abordadas por los docentes, pero que, con su cercanía y apoyo, complementan de manera significativa el proceso formativo; se fortalece también la espiritualidad con las plegarias dirigidas a Dios para que esto pase pronto y para que nos mantenga a salvo. Ha sido un tiempo complejo, pero también un tiempo de aprendizaje con nuestra propia realidad.

A modo de Conclusión

En muy enriquecedor compartir el espacio de filosofía para niños, no solo desde la docencia, sino también, desde el aprendizaje personal que debe ser continuo; es un proceso de correlación y correspondencia, donde se enseña, se aprende y se convive con los niños y con su realidad. Vale la pena considerar que el papel del profesor que quiera adentrarse en estos encuentros filosóficos, debe tener una gran cuota de escucha, con roles que van desde guía e instructor, hasta conversador con capacidad de diálogo formativo y ameno.

Los espacios de filosofía para niños no funcionan como momentos de instrucción filosófica, donde se instruye solamente en contenidos y se impone un temario a cumplir. Estos espacios son oportunidades para hacer filosofía con lo que los niños brindan: su afán por aprender, su curiosidad, sus preguntas, su imaginación y, especialmente, la percepción que tienen de la realidad; desde ahí se puede tener un interesante itinerario para trabajar con ellos.

El trabajo reflexivo con los niños tiene un gran apartado en la praxis del diálogo que enseña y que brinda las posibilidades y enseña a hacer un buen ejercicio en cuanto a este tema. Las respuestas a los cuestionamientos de los estudiantes deben ser abiertas, con posibilidad de seguir la indagación y la profundización del tema en cuestión. Es muy válido el uso de herramientas y estrategias didácticas que mantengan la motivación y provoquen ganas de seguir aprendiendo en el campo filosófico, además de cultivar la creatividad y la imaginación de los niños, que son procesos que dinamizan el aprendizaje.

Enseñar filosofía es un arte que implica un tacto delicado en la receptividad y susceptibilidad de los niños; se trata de cultivar en ellos aquellas capacidades que tienen en bruto y que, una vez

explorados, sacan lo mejor de sí; se atreven a pensar reflexivamente, antes de cualquier cosa y a llevar a la práctica lo que piensan; de ahí la importancia de que capten los propósitos definidos que la filosofía tiene en el desarrollo formativo para cada estudiante. Los niños tienen una gran facilidad para llevar a la vida lo aprendido, en compartirlo y comunicarlo.

Todo este caminar con los niños en la filosofía es un proceso que tiene que mantenerse en todo el recorrido educativo; se debe alimentar de acuerdo con el proceso del desarrollo humano y no se debe dejar de lado, ya que ofrece un piso importante en la comprensión, reflexión y análisis del aprendizaje, encaminando a los estudiantes a un pensamiento crítico y a una capacidad fluida de transmitir sus ideas y tener una visión distinta de lo que les rodea.

Referencias

- Berlyne, D. (1978). Curiosity and Learning. *Motivation and emotion*, 2(2), 97-175.
- Gómez, M. (2015). *Enseñar Filosofía. Competencias, Disertación, Discusión, Prácticas, Didáctica, Saber*. Pereira, Colombia: Editorial Universidad Tecnológica de Pereira.
- Hoyos, D. (2010). Filosofía para niños y lo que significa una educación filosófica. Recuperado de <https://www.scielo.org.co>
- Institución Educativa Nuestra Señora de las Lajas. (2019). Proyecto Educativo Institucional PEI. Recuperado de <https://ienl.edu.co/?s=PEI>
- Jaspers, K. (1978). *La filosofía desde el punto de vista de la existencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jaspers, K. (2003). *La filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Julien, D. (2014). *Cómo hablar de filosofía con los niños* (Trad. Jorge Salgar). Bogotá: Editorial Panamericana.
- Lipman, M. (1994). *Fortalecer el razonamiento y el juicio por medio de la filosofía. Aprender a pensar, pensar en aprender*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

- Lipman, M., Sharp, A. y Oscayan, F. (1992). *La Filosofía en el Aula*. Madrid, España: Ediciones La Torre.
- Lora, M. (2004). La comunidad de indagación: Espacio para la investigación ética. Una mirada holística de la educación moral. *III Congreso Internacional de Filosofía para Niños*.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (1945). Acta Constitutiva de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Recuperada de <https://www.unesco.org>.
- Parrenoud, P. (2012). *Cuando la escuela pretende preparar para la vida*. Barcelona, España: Graó Editorial.
- Piug, I. (2019). Del filosofar a la Ciudadanía, el mundo en clave crítica, creativa y ética. *Revista Internacional Magisterio*, (98), 6-10.
- Platón. (1990). *Diálogos: Parménides, Teeteto, Sofista, Político*. Biblioteca Clásica Gredos.
- Platón. (1998). Teeteto. En *Diálogos*. Madrid, España: Editorial Cremos.
- Polo, J. (2018), La educación como herramienta de combate. De Sócrates a Paulo Freire. *Areté*, 30(1), 163-188.
- Wittgenstein, L. (1922). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Recuperado de <https://www.alianzaeditorial.es>
- Zuleta, E. (2010). *Educación y Democracia: Un Campo de Combate*. Barcelona, España: OMEGALFA Biblioteca Virtual.